

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LOUIS RIVERA.**

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**



Crónica.

La dramática muerte del periodista Víctor Noir es el asunto del día; triste privilegio es este de las desgracias grandes y de los grandes crímenes.

Las noticias que acerca de este funesto acontecimiento nos ha proporcionado nuestro compañero Blasco, unidas á pormenores tomados de la prensa de París, y de algunas cartas particulares, van á dar asunto á esta Crónica.

No es nuestra la culpa de que sea fúnebre y doloroso el asunto, que á sernos dado variar los hechos ya consumados, ni narraríamos hoy la desgracia de Víctor Noir, ni habríamos de referir mañana el proceso de Pedro Bonaparte.

Un príncipe asesino.

El periódico *La Marsellesa* había dicho algo ofensivo para el príncipe Pedro. Este se había incomodado. El autor de las líneas ofensivas le había enviado dos padrines. Estos dos padrinos fueron á Anteuil, donde el Pedro reside. El príncipe Pedro, colérico y fuera de sí, asesinó á uno de ellos sin darle tiempo á la defensa. Tal era el hecho que anoche se refería.

Como sucede siempre en estos casos, la primera impresión no fué tan grande como lo han sido luego los detalles. «Será mentira.» «Eso no es posible.» «Bromas de los bajistas...»

Pero poco á poco, las noticias más precisas circularon; se empezó á hablar en serio. Se dijo el nombre de la víctima... A media noche la opinión era amenazadora. Al amanecer de hoy las redacciones de *La Marsellesa* y del *Rappel* estaban invadidas por la multitud. Pelotones de *sergents de ville* iban y venían de un lado á otro. A las once de la mañana las calles de París presentaban un aspecto raro. Todo el mundo iba más de prisa que de ordinario; cada transeunte lleva un periódico en la mano; cada cual lee y anda al mismo tiempo y se dá un encuentro con el que viene leyendo y andando en dirección contraria. Los kioscos de periódicos están rodeados de gente. Se agota la edición del *Rappel*; se agota la edición de *La Marsellesa*. Los números son leídos por un transeunte, á quien cien ó doscientos escuchan. ¡El asesinato de Víctor Noir! Hé aquí el asunto del día. El cadáver está en Neuilly, donde el difunto residía. Todo el mundo va á Neuilly, á pie, en coche, en ómnibus, en velocipédo. Se oyen palabras subversivas; no se ven soldados por las calles.

Pocas veces se ha dado tanta importancia en París á un asunto. Los parisienses recuerdan el día del crimen de Pantin. Solamente que entonces el héroe era un obrero, el asunto era puramente criminal; ahora se trata de un príncipe, el asunto parece eminentemente político.

El príncipe Pedro está preso en la Conserjería. Salió Troppmann y entró él.

Víctor Noir ha muerto á la edad de veintidós años.

El príncipe Pedro Bonaparte.

Conviene saber con quién se trata. Hé aquí algunos apuntes biográficos del héroe del día.

El príncipe Pedro Napoleón Bonaparte nació el 12 de setiembre de 1815. Es hijo de Luciano Bonaparte, príncipe de Canino, y de Alejandrina Lorenza.

Es un hombre colosal; de una corpulencia extraordinaria. Sus enormes bigotes y su pera larga y po-

blada le dan un aspecto demasiado marcial. Padece de la gota, y su paso es vacilante y pesado. Antiguo militar, ha conservado el aire de cuartel, y no es difícil adivinar al verle de paisano que ha vivido en campaña. Su energía es célebre en Francia. Se citan de él infinitos rasgos de valor, tanto en Africa como en Italia.

En 1868 se casó con la hija de un artesano del Faubourg-Saint-Antoine.

Esta boda dió mucho que hablar por la diferencia de clases entre los esposos. El príncipe se casó para legitimar dos hijos, uno de doce años y otro de cuatro.

Su carrera es un tejido de aventuras. Fué jefe de escuadron en 1832 á las órdenes del general Santander, en Colombia. Al acabar la campaña fué á Italia (1836), de donde fué desterrado por el Papa á causa de sus ideas republicanas. Se resistió á salir, fué perseguido por una compañía de *sbirros*, mató al jefe, hirió á tres soldados, y no se rindió hasta que se vió lleno de heridas y próximo á la muerte. Estuvo preso durante mucho tiempo en el castillo de Santo Angelo, y así que logró su libertad viajó por América y por Inglaterra.

Los azares de su vida le condujeron á Albania, donde sostuvo un combate, casi solo, contra una porción de *pallicaros*. Echado de Grecia y de Italia por orden del gobierno inglés, ofreció sus servicios á la Francia, y fué rechazado. Los ofreció al virey de Egipto, Mehemet-Alí, y tampoco le fueron aceptados. Era un revoltoso á quien nadie quería abrir la puerta.

En 1848 vino á París y logró un grado de jefe de batallón de la legión extranjera.

Sus paisanos los corsos le eligieron diputado constituyente. Se peleó con el presidente, insultó á todo el mundo, promovió un escándalo, y no volvió más.

En 1849 partió para Argelia, asistió al sitio de Zaatcha, y antes del asalto volvió á Francia sin permiso de nadie. Se le destituyó como desertor; un periódico le trató duramente; Pedro buscó al autor del artículo, le dió de puntapiés, se batieron al día siguiente, y lo hirió de gravedad apenas empezado el duelo.

Cuando Luis Bonaparte se hizo emperador de los franceses, Pedro, su primo, recibió los títulos de príncipe y alteza; pero siempre ha vivido lejos de su familia.

Desde entonces, sin embargo, se retiró á la vida privada. Tiene dos pasiones. La caza y la lectura. Tradujo en versos franceses el *Nabucodonosor* de Nicolini, y en él hizo mil alusiones á Napoleon I y al Papa Pio VII, no perdonando medio de ponerlos en ridículo.

Habita una modesta casa en la rue d'Anteuil, número 59, á dos pasos del Bois de Boulogne. Nada más vulgar ni más ordinario que este caserón viejo. Los muebles son pobres, el interior está descuidado, excepto la biblioteca y la sala de armas. Se ven armas en todas las habitaciones. La alfombra de su gabinete está hecha de cuarenta ó cincuenta pieles de zorras matadas por él en los Ardennes.

En esta casa fué donde recibió ayer la visita de los dos periodistas, MM. Ulric de Fonvielle y Víctor Noir, representantes de Mr. Grousset, redactor de un periódico de Córcega.

—Yo creía que venían Vds. de parte de Rochefort, dijo el príncipe.

—No señor; de parte de Mr. Grousset, á quien también ha ofendido Vd. en una carta.

—Yo me batiré con ese trastuelo de Rochefort, que es el gallito de todos Vds., y luego no es capaz de presentar la cara. A ese es al que le tengo ganas.

Le advirtieron que aquel lenguaje no era decoroso, y entonces dijo:

—¿Luego Vds. se hacen solidarios de ese canalla?

—Nosotros nos hacemos siempre solidarios de nuestros amigos, dijo Víctor Noir.

Decir esto y recibir una guantada fué obra de un instante.

Víctor Noir dió un paso atrás. En seguida el príncipe sacó un revólver y le disparó un tiro.

Fonvielle salió gritando: ¡Al asesino! Víctor Noir salió también, llevándose la mano al pecho. El príncipe corrió detrás, disparando dos ó tres tiros más sobre ellos. Diez minutos despues, Víctor Noir caía redondo al suelo.

La bala había atravesado el pulmon izquierdo y se había corrido abajo. Víctor Noir era cadáver.

Pocos momentos despues, el príncipe Pedro entraba en la prefectura y se constituía prisionero, diciendo:

—Vengo á ponerme á la disposición de los tribunales. Acabo de despachar á un canalla.

Tal es el sugeto que hoy absorbe por completo la atención pública.

Hasta aquí la narracion de nuestro compañero.

Compréndese fácilmente que esta narracion no se halla del todo conforme con la que hace del suceso el mismo Pedro Bonaparte: este príncipe, en quien por lo visto producen leve impresion desgracias de cierta índole, luego que hubo terminado de tan apacible manera su tranquila conferencia, entróse sosegadamente á su despacho y escribió con la más estóica calma la relacion del hecho. Segun él, al presentarsele Víctor Noir y Ulric de Fonvielle (á quienes llama respectivamente el alto y el bajo), llevaban las manos en los bolsillos, bien que dice, á pesar de eso, que le entregaron la carta de Grousset. Leida la carta,—sigue diciendo el príncipe,—manifestó que él solo se batiría con Rochefort, á lo cual, *el alto* dijo que leyese bien la carta; «está ya leida.» replicó Pedro Bonaparte, y oida esta respuesta, afirma que Víctor Noir descargó sobre el rostro del príncipe una terrible bofetada: viéndose acometido Pedro Bonaparte, que—continúa la relacion escrita por él—tenía la mano derecha en el bolsillo del pantalón y sobre un revólver de cinco tiros, y el brazo izquierdo levantado en actitud enérgica, disparó el revólver sobre Víctor Noir, y despues dos veces sobre Ulric de Fonvielle, por quien se vió amenazado.

Meros cronistas hoy, hemos de abstenernos de todo comentario.

Nuestros lectores conocen ya las dos versiones del hecho: entre ellas elijan la que más verosímil en cuentren.

No hemos de terminar esta relacion sin dar á conocer algunos antecedentes del suceso, nunca superfluos cuando de formar opinion se trata.

Mucho menos superfluos en esta ocasion, en que aparecen confundidos, y como uno solo, dos asuntos completamente distintos.

Uno, el duelo pendiente con Pascual Grousset.

Otro, la provocacion aceptada por Henri Rochefort.

Ninguno de estos hechos tenía con el otro relacion alguna, á no ser la circunstancia de ser Pedro Bonaparte adversario comun de los dos periodistas.

El primero había tenido su verdadero origen en Córcega.

Publicábase allí dos periódicos de diferentes opiniones, *La Revanche*, demócrata ardiente y anti-bonapartista decidido, y *L'Avenir de la Corse*, amigo de la dinastía napoleónica.

La Revanche había dirigido ataques muy duros á Napoleon I.

L'Avenir de la Corse publicaba contestaciones no menos duras de Pedro Bonaparte en defensa de su antepasado.

En el curso de esta polémica escribió el príncipe una carta, *modelo en su género*, y que por su demasiada extension no reproducimos, aunque bien merece ser conocida.

Llámase en ella á los redactores de *Le Revanche* cobardes Judas, *traidores* á su país, *malos patriotas*, reptiles que se arrastran en el cieno, y después de habérselos calificado con esa blandura y esa delicadeza de buen tono, añádesese que, á no haber sido por los esfuerzos de Pedro Bonaparte, los amigos del príncipe habrían, sea dicha con perdon esta frase de príncipe,—habrían echado las tripas fuera á los demócratas corsos.

A tan comedidas y tan templadas observaciones, Paschal Grousset, residente en París y colaborador de *Le Revanche*, creyó que estaba en el caso de exigir una reparación: y en verdad que su creencia no nos parece del todo infundada.

A este fin, y con tal propósito, encargó al malogrado Víctor Noir y á Ulric Fonvielle la misión que de tan triste manera había de terminar.



Independientemente del hecho ya referido, Pedro Bonaparte tenía otro asunto con Rochefort, á quien había remitido el día anterior una carta, como *suya*: ya conocemos su estilo epistolar.

Pues bien; esta carta, de la cual ni Víctor Noir ni Fonvielle tenían noticia, había producido el efecto que su autor quería producir.

Henri Rochefort había encargado á sus amigos Arthur Arnould y Mr. Milliées que visitaran en su representación á Pedro Bonaparte para arreglar los pormenores del duelo.

Y por una coincidencia singular, aunque de explicación sencilla, los padrinos de Mr. Rochefort llegaban á la casa del príncipe cuando Fonvielle, conmovido y aun pálido, salía de ella.

Tales son los dos hechos distintos que es necesario determinar para comprender bien lo sucedido.



Acerca de la vida particular de la víctima, refiérense por los periódicos de París pormenores que conmueven.

Hablan de su hermano mayor, Luis Noir, que le profesaba un cariño entrañable. Hablan también de la prometida esposa de Víctor Noir, cuyo matrimonio había de verificarse el día 10; esta desgraciada cuenta solo diez y seis años. Con intención deliberada prescindimos de la pintura hecha por la prensa francesa de los ancianos padres del difunto Noir.



La casa mortuoria, de la cual vemos también alguna descripción, era excesivamente modesta.

La primera pieza es, según parece, un taller de pintor: un armario con libros y una mesa de trabajo son los únicos muebles que la adornan. ¡Circunstancia singular! Los primeros objetos con que tropiezan las miradas del que entra en la habitación son tres lúgubres adornos: una calavera, un grabado alemán que representa la muerte y otra calavera pintada.

En la habitación en que se halla el cadáver solo hay una cama de hierro.



Parece, por lo demás, que esta travesura aristocrática del príncipe Pedro Bonaparte da algo en qué pensar en las Tullerías: no nos atreveremos á decir que todo sea compasión al desdichado Víctor Noir, cosa que aunque posible no es muy probable; desde ciertos elevados sitios suele verse con indiferencia la muerte de un hombre; pero la verdad es que, según los cronistas, la comida de los emperadores fué aquel día triste y silenciosa.



Para terminar diremos que los datos biográficos que acerca de Víctor Noir llegan á nuestro conocimiento revelan en él un carácter excelente, un corazón bueno y franco, sentimientos elevados y nobles.



Apenas tenía veinte años.

Desde los trece años, en que dejó la casa paterna, hasta que obtuvo una plaza en el *Journal de Paris* y en *Figaro*, Víctor Noir había hecho la vida de *bohémio*. Comiendo bien ó mal, y á veces ni mal ni bien, según las circunstancias, y durmiendo en casa de algún amigo sobre un sofá ó velando en las calles.

Era alto y vigoroso como un Hércules y dulce como un cordero; intransigente cuando defendía á sus amigos, era de fácil componer cuando solo de su persona se trataba.

Tal era este pobre jóven; así le retratan los que le conocían; ¡infeliz! ha comprado con su existencia la popularidad que desde niño ambicionaba.



El compañero de Víctor Noir está preso.

También lo está Pedro Bonaparte.

Una observación. Los periódicos, al dar esta última noticia, añaden con cierto énfasis: *El emperador ha aprobado esta prisión*.

¡Qué torpes son los aduladores!

¿Pues qué enemigo de los reyes y de los emperadores hubiera supuesto siquiera que podría no haberla aprobado?

Los adoradores de las prerogativas reales son lo mismo en todos los países; quieren dirigir una alabanza y consiguen solo formular una censura.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

XXIV.

El fracaso de la candidatura genovesa produjo la última crisis ministerial, según confesión del presidente del Consejo de ministros á la Cámara.

El presidente del Consejo de ministros ha fracasado en la candidatura genovesa, mas para él no ha habido crisis.

Esta es la jocosidad que nos tenía preparada el espíritu que fecunda las sesiones del Parlamento.

La candidatura no era oficial; pero sus efectos lo han sido.

Ni un solo ministro quedaba oficialmente comprometido en la derrota de esa candidatura, y sin embargo, dos de ellos dejan el puesto, otro cambia de lugar y entran tres nuevos.

Si los Sres. Martos y Ruiz Zorrilla no estaban comprometidos en ese asunto como ministros, y si como particulares, yo habría comprendido que se hubiesen mudado de casa, pero no que saliesen del ministerio.

Ellos, sin embargo, han creído que debían dejar de ser gobierno por esa causa, según dicen, aunque yo creo que lo han hecho solo por volverme loco, y no dejarme acabar de entender lo que es oficial y lo que es extraoficial.

Ello es, que por sucesos en que los ministros no tenían nada que ver, se ha modificado profundamente el ministerio, renovando el sabido caso de aquel ciudadano que se echó por el balcon á la calle porque el vecino de enfrente llevaba la chaqueta corta.

Esta modificación tenía la ventaja de ofrecer en la apariencia una satisfacción á la curiosidad pública.

El Sr. Rivero había anunciado que tenía soluciones. El Sr. Rivero se presentaba por primera vez como ministro de la Gobernación, y natural era que, deseoso de conocer esas soluciones, escuchase todo el mundo atentamente al que hasta entonces se había reducido á prestar, pero no á dar al gobierno la importancia de su nombre y sus talentos.

Habló el nuevo ministro, y dejando á un lado sus consideraciones sobre el origen y significación del movimiento revolucionario, en lo demás de su discurso se limitó á editar una paráfrasis de la Constitución casi vigente.

El municipio será libre en lo administrativo, la imprenta será libre, se obedecerán las leyes, la magistratura será inamovible, el sufragio será universal, se establecerá el jurado...

En fin, el ministro en su discurso no hizo más que coger el Código fundamental del Estado, cambiarlo en ochavos y tirarlos uno á uno á los oyentes.

Verdad es que de cuando en cuando entre aquellas mínimas monedas tiraba un guijarro que siempre iba á dar en la cabeza del Sr. Sagasta, y como fieles cronistas debemos hacer mérito de esta circunstancia; pero las soluciones no parecieron; el indicio de las soluciones no pareció: únicamente pareció el ministro mismo, que había quedado poco satisfecho de su discurso.

Yo no comprendo, entre otras muchas cosas, si el presidente del Consejo de ministros ha llegado á figurarse que desciende física y materialmente de los Guzmanes y que de cuando en cuando retroceden las cosas diez siglos.

Sentiría que estuviera en esos errores; pero temo que haya caído en ellos cuando le veo, y no por primera vez, tachar de arrogante y jactancioso el tono de quien le dirige la palabra.

No sé; pero un hombre que cree legal el consejo de guerra que sentenció á mi amigo Serracalera; un hombre capaz de creer que se puede coger infraganti á una persona sin que ni en aquel momento ni después aparezca su delito ni consecuencia inmediata de él, es capaz de creerlo todo.

No sé si les diga á Vds. que ya se ha hablado de presupuestos en el Congreso.

Sí, digámoslo: se ha hablado. Se ha convenido en que tenemos menos dinero que nadie; debemos más que nadie; gastamos más que nadie y trabajamos menos que nadie.

Después de esto, todos los que contribuimos á deber y á gastar vamos pidiendo economías: y esta es España, según consta.

Pero... no hablemos de suprimir la subvención que pagamos al clero católico; no hablemos de reducir debidamente el presupuesto de Guerra; ni de ahorrarnos el presupuesto de una casa real; ni de honrar la ciencia y el trabajo: eso es demasiado plebeyo; eso huele á demagogia.

El Sr. Ruiz Gomez nos recordaba que los Estados Unidos, siendo un país rico, solo paga 25.000 duros

al jefe del Estado. Y si mañana se discute la lista civil de ese rey que dicen que ha de venir, ¿25.000 duros le parecerán bastante al Sr. Ruiz Gomez?

Roberto Robert.

AL SR. RIVERO.

Sr. Rivero, se presenta ya un caso en que la opinión pública exige de Vd. el cumplimiento de su programa.

«La ley debe ser respetada por todos, y el que falte á ella debe ser castigado, con mayor motivo si la falta viene de los gobernantes.»

Esto ha dicho Vd. á la nación.

Pues bien, Sr. Rivero, el caso que voy á citar, no por ser algo ridículo, es ménos importante; por cosas así vienen á veces sucesos como los de Tarragona.

El gobernador de Alava, Sr. Ercazti, ha publicado un bando prohibiendo el uso de las boinas blancas, y el de garrotes y trancas como los que usaban los carlistas.

Este bando, Sr. Rivero, no puede ser más atentatorio á la Constitución.

No hay derecho para prohibir que un ciudadano use el color que guste, ni mucho ménos que ese color exprese una opinión, cuando ésta, con arreglo á las leyes, puede expresarse de una manera más enérgica por medio de la imprenta ó de la manifestación.

Sobre esto no hay duda alguna.

¿Pero qué ha hecho el Sr. Sagasta con el gobernador de Alava?

Darle la cruz de Isabel la Católica.

De modo, Sr. Rivero, que tenemos:

Falta de una autoridad que debió ser castigada.

Recompensa á esa autoridad.

Hé aquí el desorden: Vd. lo ha dicho: sin respeto á la ley no puede haber orden.

Es necesario que el falso criterio progresista no acabe de perder á la revolución.

Los progresistas no castigan jamás estas faltas cuando las comete un patriota.

¿Por qué no se castigó al comandante Terrones? Porque es un patriota.

¿Por qué no se ha castigado á Buceta? Porque es otro patriota.

Con estos patriotismos ha muerto siempre la libertad, porque la libertad no vive sin orden, y el orden, Vd. lo ha dicho, Sr. Rivero, nace del respeto á la ley.

Esta profunda perturbación que el criterio progresista iba filtrando en la gobernación del país, es necesario que termine si no queremos perder pronto la libertad.

Yo siento mucho que un patriota, un hombre sinceramente liberal, y que á la libertad ha consagrado su vida, como el actual gobernador de Alava, cometa una falta.

Pero no por ser lo que es dentro del partido gobernante, ha de alcanzar una cruz en vez de una reprimenda.

Cuando el pueblo, cuando los enemigos de la revolución vean que la libertad y la justicia alcanzan á todos por igual, la revolución se habrá consolidado.

Y para ello es preciso que, levantándonos sobre un espíritu más elevado, nos separemos de esas miserias de partido para no ver más que la fiel balanza de la ley.

Si el Sr. Rivero lleva á la práctica la doctrina expuesta en las Cortes, doctrina que siempre hemos oído de sus labios cuando bajo su dirección escribíamos en *La Discusión*, estos hechos escandalosos acabarían de una vez en España.

Si el Sr. Rivero se olvida de ella, ¡adiós libertad!

Porque sin ella no habrá orden, es decir, respeto á la ley; y en pos de tantos errores vendrá la coleta de la restauración: ¡el reinado de las faldas!

Encuentro muy natural que con preferencia á otro, cuando su actitud le hace acreedor á ello, sea colocado un patriota.

Esto es justo.

Lo que es injusto á todas luces es que un patriota tenga el privilegio de faltar á las leyes.

Y si no fijémonos en el caso presente.

Un periódico progresista, *La Independencia Española*, inserta el bando del gobernador de Alava, censurándolo.

Al día siguiente otro periódico progresista, *La Iberia*, dice que al señor gobernador de Alava se le ha dado una cruz, y elogia al ministro, al gobernador, á la cruz y á todo bicho viviente.

¿Qué idea de justicia tienen estos liberales?

¿Puede aspirarse con este criterio á dirigir seriamente la administración de un país?

Sr. Rivero, acábase tanta infelicidad, ó el diluvio nos cogerá á todos.

Luis Rivera.

UN DESPACHO TELEGRAFICO.

Paris 13.

«En la tarde de ayer no ocurrió ningun incidente serio.»



El general Bum-Bum se escama de ver ya juntas á esas dos señoras.

«Hacia las seis y media un gentío inmenso recorrió los bulevares cantando la Marsellesa.»

Efectivamente; bien mirado, enfermo Luis Bonaparte, reviviendo en Francia el sentimiento republicano, imposibilitado ya el emperador de conservar por más tiempo en el poder á los reaccionarios, un gentío inmenso recorriendo las calles de Paris y cantando la Marsellesa no tiene nada de serio.

Sin embargo, aun careciendo la cosa de seriedad, dice el despacho que:

«Los guardias municipales quisieron dispersar á los (inmensos) cantores delante del teatro de Variedades. Los facciosos les tiraron piedras, hiriendo á dos, y otros dos recibieron cuchilladas.»

En verdad, en verdad, llamar facciosos á los que van por las calles cantando himnos nacionales, tampoco es incidente serio. Y el que esos cantores repartían piedras y cuchilladas á los agentes, comparado con el reciente caso del príncipe que dentro del sagrado de su casa reparte insultos y pistoletazos que ocasionan la muerte casi instantánea del acometido, es cosa bien baladí y de poca sustancia.

Sigue el despacho:

«A las nueve los perturbadores recorrían el arrabal de San Antonio gritando desaforadamente. En seguida muchos tenderos salieron armados de palos, declarando que mantendrían la tranquilidad aun por la fuerza.»

¡Oh! Esto no solo no es serio, sino que es divertidísimo.

¡Muchos tenderos cogen palos y tienen la ocurrencia de oponerse á una muchedumbre inmensa que ya se ha calentado la sangre luchando á cuchilladas con los municipales!

¿Habrás visto tenderos más ridículos? ¿Qué demonios iban á hacer contra una muchedumbre inmensa ellos, que no tienen más que varas de medir y horquillas?

Si el parte sigue así, promete ser bueno.

«Los perturbadores se dispersaron.»

¿Atemorizados por los muchos tenderos?

El despacho telegráfico no lo dice, pero parece darlo á entender, y si sucedió así en efecto, es de esperar que Luis Bonaparte destituya á la guardia municipal, que se deja apedrear y acuchillar, y fie la conservación del orden público á los muchos tenderos del arrabal de San Antonio, que provistos de palos dispersan muchedumbres inmensas de facciosos perturbadores y cantantes desaforados.

Sigo leyendo:

«A las diez algunos grupos entraban en la encrucijada del bulevar Montmartre. En ellos se veían sobre todo jóvenes y niños. Los guardias municipales restablecieron la circulación.»

Y vuelvo á confesarlo: todo eso no tiene nada de serio.

Si en los grupos se hubiese visto principalmente mujeres y ancianos, ya sería otra cosa; entonces se habría podido creer que el movimiento de la opinion era no solo serio, sino hasta formidable; pero componiéndose principalmente de jóvenes y niños, ¿dónde está la seriedad?

Los grandes ejércitos ya se sabe que suelen formarse de viejos; el imperio mismo, que tan serio es, no está representado por ningun joven ni por ningun niño, sino por un viejo y una señora: dice bien el parte.

Prosigo leyendo, que me gusta.

«A las doce de la noche todo estaba en calma.»

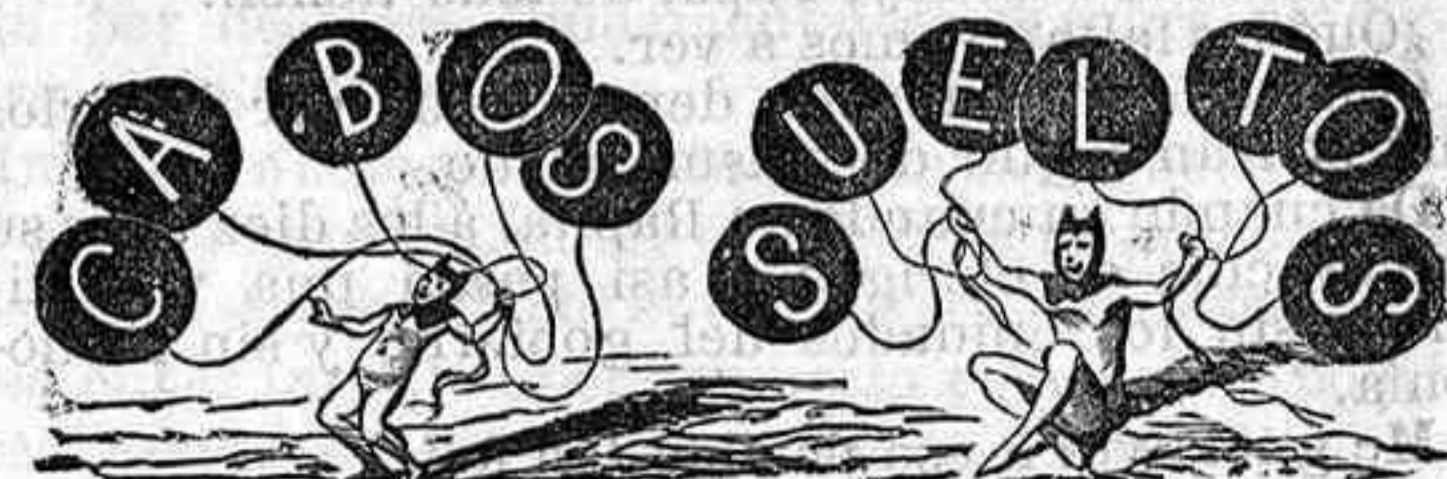
«Un pequeño número de soldados ha aparecido en la via pública; pero se habian tomado serias precauciones para mantener el orden, si necesario fuese.»

Como la redaccion de los partes es tan poco seria, yo no supongo, segun parece deducirse de este último párrafo, que las precauciones se hubiesen tomado contra ese pequeño número de aparecidos con uniforme de que hace mencion. Supongo que esas precauciones se tomarian contra los cantores facciosos, que en inmenso número y vencedores de los municipales, habian sido dispersados por muchos tenderos armados con palos.

Pero ¿por qué diantre se fueron á tomar serias precauciones no habiendo sucedido nada serio? ¿Será sin duda para que hasta las precauciones á fuerza de seriedad fueran radicales?

El despacho que he copiado no trae firma. Quiero suponer que al pié dijese: *Havas*. Tampoco tendria pizca de serio. Los sucesos podrian parecerlo, pero el despacho... ¿Quiere Vd. callar?

Roberto Robert.



¿Con que no sería prudente establecer la república en España porque el pueblo se entregaría al

más desenfadado socialismo, en la creencia de que los bienes son comunes?

Demos de barato que así sea. Pero venga Vd. acá, *Imparcial* de mi alma, ¿quién es más socialista que el gobierno?



El Sr. Nocedal no quiere jurar la Constitución porque despedaza y destruye la unidad católica. ¡Es decir, que el sentimiento religioso de los que se titulan católicos en España se destruye con una ley!

¡Una ley, un artículo de una ley bastó para destruir y despedazar la unidad en que se hallaban fundidos los sentimientos religiosos de esa gente!

¡Con que todos esos grandiosos templos y grandiosas ceremonias y el presupuesto del único clero privilegiado en España se dedican á un sentimiento tan baladí!

¡Y yo que pensé quién sabe lo que era! ¡Si el catolicismo español sirve para algo más que para ganarse la vida, que me lo claven aquí!



Parece que el general Prim ha encontrado un nuevo procedimiento para hallar rey.

Bueno; dando por supuesto que haya encontrado este nuevo procedimiento, solo le falta al general Prim hallar el rey.

Porque de nada serviría que un mecánico inventase un nuevo sistema para sacar agua de un pozo, si el pozo no tuviere agua.



Se ha repartido con profusion un impreso anunciando una gran rifa á beneficio de los asilos del Pardo y Aranjuez, en la calle de Alcalá, 32, tienda.

La rifa es de objetos de vestir. Lo que más me choca es este párrafo:

«Para que la estancia en el local sea más agradable, se hallará expuesta la cabeza de Lanuza, justicia mayor de Aragón.»

No he podido comprender aun lo agradable de este espectáculo.



Gran batalla entre *El Imparcial* y *La Correspondencia*.

Dijo el primero que estaba autorizado por el Sr. Rivero para declarar que este señor ministro era enemigo de Montpensier.

Replicó *La Correspondencia* que no era cierto, y que *El Imparcial* tendría que corregir y enmendar su declaración.

Habló el Sr. Rivero, y dijo: «Lo que *El Imparcial* ha dicho de que considero imposible la candidatura Montpensier, es cierto, pero yo no le he autorizado á publicarlo.»

De modo que dos periódicos de noticias dan una batalla, y el vencido resulta ser el Sr. Rivero.

Porque, señor ministro de la Gobernación, ¿para qué se dan noticias á un periódico de noticias, para que se las guarde ó para que las publique?



¿Por qué dirán Vds. que triunfan los republicanos en Barcelona?

—¿Porque son más?

—No.

—¿Porque son menos?

—Eso no puede ser.

—No solo puede ser, sino que antes de haber sufragio universal solo triunfaban y gobernaban los menos.

En Barcelona triunfaban por la apatía de los otros.

—¡Hombre! ¿Y en Sabadell?

—¿En Sabadell?... Sin duda por la homeopatía.

—¿Y en Manresa?

—¿En Manresa?... Será por la alopatía.

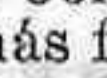
—¿Y en Gerona? ¿Y en Badajoz? ¿Y en Sevilla? ¿Y en Tortosa? ¿Y en Reus? ¿Y en Valencia? ¿Y en Játiva? ¿Y en Zaragoza? ¿Y en...

—¡Hombre, yo no sé tanto, porque *La Correspondencia* no trae todos esos porqués; pero en lo tocante á Barcelona, le aseguro á Vd. que fué por apatía.

—Es una apatía que llega hasta á echar mano de los pobres de solemnidad para dar el triunfo á los monárquicos.

—¡Bah!... Si lo toma Vd. tan por lo serio...

—¿Por qué no me avisaba Vd. que la noticia era de broma?



Los carlistas de Madrid van á presentar un candidato para la diputación á Cortes.

Yo no he visto gente más feliz; ellos tienen periódicos, candidatos, rey, Papa, de todo tienen.

¿Qué les falta? Vamos á ver.

Como ellos se empeñen, dentro de un par de siglos aun podrán seguir del mismo modo.

De cuando en cuando su Rápita, á los diez años su sublevación de clérigos, y así pasan una vida dichosa, sin los cuidados del gobierno y sin monotonía.

Me gusta ver á ese partido tan feliz.



Nuestro amigo el diputado á Cortes y consecuente republicano D. Víctor Prunedá ha sido condenado definitivamente á doce años de presidio.

En cambio privan é imperan, á pretexto de la revolución de setiembre, los que han pasado toda su vida prolongando el imperio de los Borbones, hasta que ellos no los han querido.

Pero ahora que lo reparo, ¿dónde está el chiste de este cabo?



Discutiendo con otro periódico sobre la candidatura Montpensier, dice *Las Novedades*:

«Por eso ha podido observar nuestro apreciable colega que las candidaturas Coburgo y Génova no han resistido tres meses la discusión, mientras que la del duque de Montpensier, sometida hace quince meses á este crisol, por cada vez más en alarma á nuestro colega.»

Venga Vd. acá, señora montpensierista. Si la de Coburgo no ha resistido más que tres meses, ¿por qué ha sido?

Porque á Coburgo no le ha dado la gana. Coburgo, si hubiera querido, estaría hoy en el trono.

Pero candidatos como Montpensier, que jamás existen, claro es que duran siempre.

Los quince meses no prueban el valor de su candidatura, sino el de sus pretensiones.

Pasarán quince años, no será rey de España y todavía tendrá partidarios, aunque no sea más que Santana.

Y entonces si que demostrará su candidatura que resiste al crisol de los desaires.

¡Es un candidato á prueba de bomba!



D. Nicolás Rivero ha renunciado á la gran cruz de Carlos III.

No sabe D. Nicolás el placer que me causa con esto.

¡Vamos, que todavía hay hombre!

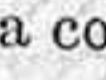


Otro diputado de las Constituyentes (es el número 13) acaba de morir.

No ocurren solo aquí esas cosas.

Hace un mes que se reunió el Concilio, y ya han muerto cinco obispos.

¡Y eso que se cuidan mucho!

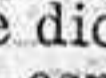


La Iberia está contenta con el programa del señor Rivero.

Sin embargo, no se confía.

Me parece bien.

Algo más valdrian los progresistas si hubiesen desconfiado siempre en sus santones.



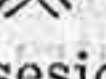
La crisis de la abnegación ha encontrado otro adepto en *La Iberia*, que dice dar pruebas de abnegación y patriotismo con esperar los actos del señor Rivero.

¿Pues y yo que estoy esperando los de unos y otros hace quince meses?



Todos los nuevos ministros dicen que harán guardar la Constitución.

Aquí tiene Vd. la razón de que nadie la encuentre.



En una de las últimas sesiones, y cuando se discutía la totalidad de los presupuestos, hizo uso de la palabra el Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast.

Hombre, lo celebro.

Mucho tiempo há que habia enmudecido, y me tiene á mí con cuidado el silencio de ese bello jóven.



Le digo á Vd. que el imperio francés va de capa caída.

Cada golpe es un gazapo.

La muerte de Víctor Noir, asesinado por Pedro Bonaparte, al ir como padrino á demandarle cuenta de una carta, traerá su coleta.

No estamos ya en los tiempos en que un príncipe gozaba de estos privilegios impunemente.

Rochefort ha llamado Borgias á los Bonapartes.



Los moderados van á tener un órgano en la prensa, que se llamará *El Trono*.

No es mal órgano, solo que no suena.



Rivero ha entrado en la Tertulia progresista.

Hace diez años, una larga polémica entre *La Iberia* y *La Discusión* separaba á los dos partidos.

Hoy el partido progresista vive á las órdenes de Rivero, que mantiene la bandera de *La Discusión*.

No sé si Vd. me entiende.



Apenas hace ocho dias que el imperio francés ha dado un breve paso hácia la libertad.

Pues bien: ya ha tenido que procesar á dos príncipes, á quienes no calificamos porque están demasiado lejos.

¡Dos príncipes, dos! procesados bajo la acusación de los delitos menos caballerescos que pueden imaginarse.

¡Dos príncipes, dos!



Una anécdota de Troppmann: Decía el célebre asesino delante de su carcelero, y como queriendo darse tono:

—Yo tengo algo aquí.

Y señalaba á la cabeza.

—Pues dentro de poco, replicó el carcelero, cuando la guillotina haga su oficio, podreis decir con razón:

—Yo tenía algo aquí, etc.



En el salon de conferencias: —Sepa Vd. que el general Serrano es el hombre de más suerte que se conoce.

—Sin embargo, con la candidatura Montpensier no ha sido afortunado.

—Eso iba á decir; la única cosa que no le sale bien es la que le sale mejor. El quiere hacer rey á Montpensier, y su buena suerte le hace á él rey.



Segun dice un diario ministerial, el último programa del gobierno gustó mucho.

Tambien añade que gusta mucho la compañía de zarzuela que trabaja en Alcoy.

Así ya comprendo lo otro.



Ciertos diputados gallegos pretenden que el gobierno disponga de nuestro dinero para festejar á un santo suyo.

Esto es absurdo, tiránico y cruel.

Sabiendo esos señores, como les consta, que muchos españoles no somos católicos, y consideramos idolatría funesta lo que ellos califican de otra manera, no pueden, sin declararse violadores de las libertades individuales, llevar adelante sus exigencias.

Estos señores, capaces de obsequiar á Dios con el dinero arrancado por la violencia, se llaman Calderon Collantes, Romero Ortiz, Rivero (D. Vicente), Barreiro, Calderon y Herce, Merelles y Vazquez Puga.

Si las Cortes aprueban esa bárbara exacción, deseo que ni á ellas ni al Santo les haga buen provecho.

Y es justicia que pido y juro.



Un amigo me escribe desde Valencia, y entre otras cosas me dice que el día 8 del actual se estrenó en uno de los teatros de aquella ciudad, una comedia de circunstancias en tres actos, titulada *Valencianos con honra!* la cual obtuvo un éxito completo.

Lo particular del caso es que el autor de esa obra es un hijo del pueblo, el ciudadano Palanca, que hasta ahora poco era hornero.

Por lo visto, esos plebeyos se nos están subiendo á las barbas.

Yo no sé quién da facultades á la gente del pueblo para tener talento.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Noveno*.

CHARADA.

Quando va á Capellanes mi novia Justa, ¿sabeis cómo se pone? *prima y segunda. La tercia y cuarta* buscan los marineros que están en calma.

Justa, que tiene linda *segunda y tercia*, quiere que nos enlace *prima y tercera.* Es bicho el *todo;* ¡caramba! pero un bicho muy asqueroso.

(La solución en el número próximo.)

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.